

EXPERIENCIA EVANGELIZADORA DE LOS CAPUCHINOS CON LA ETNIA BARÍ EN VENEZUELA *

1. UN POCO DE HISTORIA

Con la Real Cédula de 1650 dirigida a los Capuchinos, Felipe IV permite el paso de éstos a las provincias de Ultramar, con la única intención de dedicarse por entero a la pacificación y evangelización de los pueblos indígenas. En abril de 1694 llega a Maracaibo el primer grupo de misioneros. Después de concluir con todas las diligencias necesarias, se introducen en la Sierra de Perijá en una expedición misional. El primer pueblo con el que toman contacto es el de los *aratomos*, comenzando a convivir entre ellos. Debido a la ansiedad con que éstos vivían, por el miedo que tenían a los *coyamos*, los misioneros decidieron que uno de ellos se adelantara, intentando entablar contacto con aquellos indios guerreros. Fruto del encuentro del misionero surgirá el primer mártir de aquella Iglesia, fray Gregorio de Ibi. Esta experiencia llevará a los misioneros a trabajar con mayor ahínco para lograr la evangelización y pacificación de aquellos pueblos.

Es éste el contexto en el que tienen que trabajar los misioneros también con los motilones. La primera referencia que tenemos de este pueblo, bajo el término *motilón* es del año 1622. Bajo este nombre se describen aquellas características étnicas que llamaron la atención de los conquistadores. A partir de este momento son frecuentes las referencias en los documentos, debido a las incursiones que éstos hacían a las poblaciones que se iban formando en su entorno, así como por la resistencia con que defendían sus propios

* Dicha comunicación, «Religión, Etnia y Nación», fue presentada en el II Congreso de Historia de la Iglesia en España y en el Mundo Hispánico, del Consejo Superior de Investigaciones Científicas, celebrado en Madrid los días 18, 19 y 20 de octubre de 2001.

intereses que se veían frecuentemente amenazados por los colonizadores. En 1772 se logra el primer contacto pacífico con esta etnia. Será el capuchino Fidel de Rala quien participe de este primer encuentro. Con todo, cabe señalar que fueron ellos mismos quienes decidieron dar ese paso.

Poco a poco los resultados comienzan a ser evidentes, para atender a las necesidades de los mismos, los Capuchinos fundan diversas poblaciones. Estos pueblos pretendían agrupar a los motilonos en poblaciones distantes de su hábitat cultural. Venciendo las dificultades, estos reductos se iban fortaleciendo y tomando un cariz propio. Por desgracia, en 1817 los Capuchinos tienen una controversia con el obispo de Maracaibo. Dicho prelado quería que aquellas aldeas que habían cumplido ya veinticinco años, pasaran de ser pueblos misionales a pueblos de doctrina. Los misioneros no consideran prudente la medida, aduciendo que los motilonos sino tienen un trato adecuado se volverían a los montes, perdiéndose todo el trabajo realizado. La explicación que daba el prefecto de la misión era que los pueblos en litigio contaban ya con más medios que la villa de españoles más próxima. Mientras éstos tenían ya iglesias firmes y bien dotadas, la villa de San Carlos, que había comenzando en el mismo tiempo, no contaba todavía con un templo estable. El conflicto quedará solucionado con la guerra de la independencia. Al desaparecer el régimen misional los barí se ven indefensos ante una opresión externa, a lo que responden regresando a los montes. Por desgracia, en esta vuelta a su cultura original y primitiva pierden gran parte del territorio que ocupaban. Desde este momento no volverán a tener ningún contacto con el hombre occidental hasta el año 1960, en gran parte debido a que la política republicana no consideraba a los indígenas como parte constitutiva de la nación, sino que los seguía viendo como salvajes y, por lo mismo, no era conveniente perder fuerzas en ellos.

2. EL REENCUENTRO CON UN PUEBLO ALEGRE

A partir de 1913, con el descubrimiento de pozos petrolíferos, entran nuevamente en hostilidad barí y occidentales. Se invade gran parte de su territorio, viéndose dramáticamente afectado su hábitat y

población. Esta última decrece significativamente y las argucias para ocupar sus espacios son innumerables. Por fin, en 1947, los Capuchinos comienzan la campaña aérea de pacificación de los motilonos. Era un nuevo concepto de entablar contacto con aquel reducto guerrero que permanecía totalmente al margen de la sociedad occidental. Los Capuchinos comienzan a enviar «bombas de paz». Dichas bombas eran un amasijo de útiles y alimentos, amén de fotos de los misioneros que fueran mostrando la intención amistosa de los mismos. La etapa final de dicha campaña culmina el 22 de julio de 1960. Cuatro misioneros, dos por tierra y otros dos en helicóptero, se introducen en el territorio barí, llegando hasta dos bohíos importantes. Desde este momento, los bravos y temidos motilonos se tornan en los alegres y fraternos barí. La imagen de los misioneros saltando del helicóptero dio la vuelta al mundo. Hasta el afable y bonachón Juan XXIII se hará eco de la noticia y mandará un donativo para la evangelización de la etnia barí.

Después de la gesta heroica comenzó el contacto pausado y diario de los misioneros y misioneras. Ya no se trataba simplemente de unas fotografías para mostrar a la gente. Como muy bien sabían los misioneros, comenzaba un trabajo diario y entregado en medio del pueblo barí. Sin lugar a dudas y lejos de todo triunfalismo, si los misioneros no hubieran tenido el coraje de provocar ese reencuentro, posiblemente hoy en día no quedaría ningún miembro de esta etnia en la Sierra de Perijá. La situación no era fácil, el interés que suscitaba la desaparición de los barí para los hacendados ávidos de tierra exigía a los misioneros seguir luchando de manera decidida y firme. Con este fin los misioneros habían logrado que el gobierno de Venezuela, mediante los ministerios de agricultura y justicia, reconociera una fórmula que ellos habían ideado: la zona indígena reservada. Un amplio territorio que quedaba definitivamente destinado a aquellos pobladores de la Sierra de Perijá. Con todo, fueron diversos los hacendados que intentaron apoderarse también de estas tierras, aunque el esfuerzo de los misioneros logró que fueran devueltas a sus legítimos poseedores desde épocas inmemoriales. Para ello tuvieron también que sufrir grandes vejaciones y hasta algún conato de atentado.

Por otra parte, los Capuchinos se encuentran con un pueblo con una fuerte conciencia comunitaria y una alta estima de su pro-

pia etnia, esto les lleva a mostrarse muy celosos ante otros grupos sociales, a la vez que actúan de manera totalmente independiente de todo lo que ocurre fuera de su realidad propia. Al mismo tiempo que se produce el encuentro entre misioneros y barí en su entorno natural, se va viendo la necesidad de respetar sus tradiciones, hecho que se ve fortalecido por la misma convivencia, compartiendo sus mismas alegrías y necesidades.

Su fuerte sentido comunitario facilita enormemente el trabajo a los misioneros, puesto que sus costumbres están en perfecta sintonía con el mensaje que se les quiere comunicar. Desde este primer momento, los misioneros sirven también de freno para aquellos que quieren beneficiarse de sus bienes, representándolos y defendiéndolos también en el mundo exterior.

3. EL MUNDO BARÍ

Los españoles, que en 1772 tuvieron el primer encuentro pacífico con los barí, resaltan de ellos una serie de valores identificativos. El tesorero de Maracaibo, D. Sebastián José Guillén, los describe en estos términos: «Es uno de los inviolables atributos entre ellos la religiosidad de la verdad, abominando con tedio la mentira. Reputan por delito capital el hurto y francamente ofrecen al necesitado lo que pide. Mantienen entre sí una recíproca sociabilidad y, según se averiguan, trabajan y cultivan sus haciendas de comunidad y semejantemente exigen de ellas lo que cada uno necesita para el diario alimento de sus familias.

Procuran siempre vivir ejercitados en el trabajo y cultivo de sus labranzas unos, y otros se emplean en la caza, y las hembras siguen algunas los maridos y las más cuidando sus alojamientos y tiernos párvulos, los barren y asean con esmero, conducen la provisión de agua y frutas silvestres, y disponiendo la vianda del día, ocupan el resto de él en hilar hilo de algodón y pita y texer mantas para coberteras de su honestidad y la de los varones, sacar cocuís y pita y torcerla para texer chinchorros de dormir, hacer cuerdas de arcos.

No viven sujetos a superior que los domine, y según lo que pude examinar, sólo observan una fraternal unión procediendo en todo de unánime conformidad y sólo hay entre ellos algunos a quienes pres-

tan más atención, porque se aventajan en la agudeza de sus discursos y siendo mayores de edad, dan la ley a los jóvenes, ilustrándolos con la narrativa de las hazañas y tragedias de tiempo inmemorial, cuyas historias tienen archivadas en la biblioteca de su memoria.

Es entre esta nación indisoluble instituto de paz y conformidad entre sí y el herirse o quitarse las vidas unos a otros lo estiman por crimen delito.

No se les conoce idolatría ni a menos se encuentra entre ellos simulacro alguno, a quien puedan dar adoraciones y sólo se sabe que el demonio se les hace visible, en figura de ciervo, teniéndole tanto horror, que por esta causa se hace entre ellos despreciable la carne de este animal.

Celébrase entre ellos el contrato matrimonial con una o dos mugeres, y según vi aunque incurran en la poligamia y la primera muger llegue a mayor edad no la repudian, antes bien, la cuidan y constituyen en el mismo grado de estimación que a la que es joven.

No acostumbran estos indios más bebida que es la del agua, y no hay duda que a esta virtud debe dársele de justicia el atributo de singular y admirable, porque siendo todo indio inclinado a la embriaguez y teniendo éstos a la mano todos los materiales de que se confeccionan y fabrican las bebidas fuertes, como son la palma que destila el vino, el maíz y yuca de que forman la chicha y masato, a ninguna se aplican...» (S. J. GUILLÉN, *Diario*, en A. ALCÁ CER, *El indio motilón y su historia*, Puente Común 1962, 275).

Casi idéntica experiencia tendrán aquellos que comiencen a convivir con ellos a partir del año 1960. Uno de los cambios más significativos que se producen es el paso de unas viviendas unifamiliares, como utilizaban en la época de la colonia, a una vivienda comunitaria conocida como bohío. Dentro de dicha casa los barí tenían los fogones y dormitorios rigurosamente ordenados. Cada familia tenía asignado un espacio para dormir y guardar sus enseres. El bohío permitía a la comunidad una autoprotección y defensa ante el hostil mundo que les rodeaba.

La vuelta a viviendas unifamiliares ha sido vista por mucha gente como una pérdida de su cultura propia, cuando habría que ser capaces de ver las dificultades que implicaba en el contacto con los occidentales. El bohío se prestaba a que se propagasen más las

enfermedades y las mismas materias primas con que era edificado, cada vez resultaban más escasas y lejanas. Los misioneros se esforzaron en que se mantuvieran las últimas de estas viviendas hasta que se cayeron irremediamente, puesto que para los barí ya no eran necesarias ni convenientes. El bohío era una muestra más del trabajo comunitario, donde desde los niños hasta los ancianos, todos tenían la posibilidad de participar.

Una buena administración comunitaria distribuía las tareas según las posibilidades de cada uno. Este trabajo, al igual que la caza o la pesca estaba dirigido por el ñatubai (jefe), que sin ningún ambage o ceremonia organizaba el trabajo comunitario que todos seguían con gran diligencia. El mismo esquema comunitario hace que este jefe desempeñe tal papel mientras sea el que mejor lo realice. Cuando esto ya no es así, dará paso a un nuevo ñatubai que irá ocupándose de esa responsabilidad. El talante práctico y libre de los barí ha llevado a que además de esta figura, exista un segundo personaje, más joven con conocimiento del castellano y generalmente con estudios, que asume la parte logística hacia fuera de la comunidad. Una manera eminentemente práctica de no perder su identidad y, al mismo tiempo, estar en contacto con las oportunidades que les ofrece el mundo occidental.

4. LABOR EDUCATIVA Y SANITARIA

El primer gran empeño mostrado por los misioneros fue frenar el descenso demográfico que vivían los barí. Para este fin se emplean todos los medios a su alcance. Se desarrolla un programa de medicina preventiva y curativa que pronto empieza a mostrar sus resultados. La tarea de los misioneros no consiste sólo en la atención directa de la medicina, sino que también implicaba la concienciación de las autoridades civiles en las responsabilidades que tenían hacia aquellos miembros del país.

Respondiendo a un esquema de misión clásica, se envía a los indígenas jóvenes a un centro misional para formarse. La tarea resulta ardua y difícil; se dan frecuentes fugas y deserciones de aquellos en los que se habían puesto todas las esperanzas. Con el tiempo se comprenderá que el esfuerzo no ha sido en balde. Los indígenas,

después de la primera formación, son enviados a centros especializados para ocupar las necesidades propias de cada comunidad. En un período de unos quince años, los barí pasan de la edad de piedra, puesto que no eran capaces de manipular el hierro, a contar con enfermeros y maestros de su propia etnia. El ejemplo de aquellos que regresan para ocupar estas responsabilidades, anima a crear una cadena con los que quieren seguir este modelo.

Esta serie de individuos tiene ya una mentalidad diversa, viven a caballo entre dos mundos: el de su tradición y la de aquel que se les ha impuesto en su contacto con el exterior. Esta realidad, que para los antropólogos resulta intolerable, en el fondo es una de las pocas posibilidades que tienen para subsistir como pueblo. En este punto no se puede ser ingenuo. De nada serviría que un pueblo permaneciese en toda su pureza, ya que estaría totalmente condenado a su propia destrucción. Sólo un conocimiento del mundo ante el que viven, así como los medios que tienen a su alcance les permite hacerse fuertes y, lo que es más importante, hacer oír su voz ante un mundo eminentemente hostil para con ellos. No se trata aquí de hacer apología de una manera de actuar en el campo misionero, sino de llegar a un punto de encuentro donde la cultura indígena perviva y se fortalezca, acomodándose de tal manera que no fenezca ante una cultura exterior dominante.

Con la intención de apoyar el sostenimiento de esa cultura, los misioneros afrontaron el reto de estudiar su cultura, lengua, tradiciones... hecho que ha quedado reflejado en innumerables publicaciones de carácter científico y divulgativo.

5. LA IGLESIA Y LOS BARÍ

Es éste el punto central de la reflexión y también el de mayor problemática. Dicha dificultad es intrínseca al tema a abordar; afrontar el gran reto evangelizador ante una nueva cultura supone perder parte de su identidad, o por el contrario, que sea el mensaje a transmitir el que pierda fuerza y unidad. Al mismo tiempo, el reto evangelizador es la razón de ser del misionero. Éste podrá desempeñar diversas tareas pero, en su razón de ser más profunda, todas han de ir orientadas hacia el mensaje a comunicar.

Por otra parte, desde el campo antropológico es éste el aspecto que se ataca con mayor virulencia, fundamentalmente en razón de que es un aspecto que engloba toda la vida de un pueblo y determina una manera de actuar y comportarse. Indudablemente esto sucede también con los barí, aunque teniendo en cuenta su idiosincrasia propia. Es preciso señalar cómo en la misma mitología tradicional barí se deja ya sentir el contacto con los misioneros a lo largo del siglo xvii. Sus mitos de carácter escatológico desprenden una concepción de la inmortalidad, del juicio, del cielo o castigo que estaba claramente recogida de la tradición cristiana. A lo largo de los años y de los siglos los barí la han ido asumiendo como algo propio. Sería totalmente falso decir que eso no pertenece a su acervo cultural como pueblo. Por otra parte, la figura fabulosa de Sabaseba es fundamental en toda la cultura barí; todos los elementos están unificados a partir de esta figura mitológica y funcional, preexistente y omnipresente en todos los momentos y en todas las realidades que se suceden en la vida diaria de la comunidad barí.

Así, para los barí, la tarea magistral de Sabaseba es algo que identifican en el tiempo y en el espacio. Permanece un largo tiempo entre ellos, comparte su vida, visita los bohíos... El estar entre los barí y participar de su realidad, por parte de Sabaseba, representó para ellos una época dorada a la que se retrotraen de manera mítica: todos eran felices. La plenitud de la felicidad viene atestiguada por la inmortalidad de los barí; cuando algún barí enfermaba, Sabaseba los curaba. El hecho de una intervención desafortunada de un joven barí provoca la ira de Sabaseba y su decisión de alejarse del mundo barí para siempre. Este acontecimiento representa la división de la historia en dos mundo que ya no se volverán a encontrar: el mundo mítico-paradisiaco y la realidad cotidiana actual. Sabaseba se fue y sigue vivo, pero ya no actúa personalmente en la vida de los barí. Los barí, recordando la felicidad perdida, entienden que en tanto en cuanto se aproximen en la forma adecuada al proyecto presentado por Sabaseba, se acercan nuevamente a la felicidad perdida y, en la medida que se distancien de él, serán más infelices.

Sabaseba, por tanto, sin llegar a tratarse de una figura que equivalga a la imagen occidental de Dios, sí mantiene un valor trascendente y personal para el pueblo, desplegándose así a lo largo de los siglos en todos sus mitos. Este detalle es de singular importancia

porque nos lleva a no caer en falsas posturas, creyendo que un pueblo ha permanecido totalmente indemne a la cultura con la que ha entrado en contacto. El caso de los barí resulta especialmente significativo puesto que en el lapso de unos ciento cincuenta años su contacto con la cultura occidental fue nulo, pero en el pueblo pervivió aquello que habían ido asumiendo en las décadas anteriores. Al mismo tiempo, la asunción de valores de otra cultura no supone un simple sincretismo, puesto que de haber sido así hubiera dado lugar a una nueva religión y, por lo mismo, a una nueva cultura. Se trata simplemente de la asimilación de valores que ayudan a explicar o dar forma a sus mitos originales. Si además estas figuras no hubieran sido válidas para los indígenas, ellos mismos las habrían desechado. Esta misma experiencia lleva a que los mismos misioneros vean su trabajo como algo válido e interesante para la etnia a la que sirven, aun con la constante de que no caminan al ritmo que uno desearía, puesto que su ritmo siempre es diverso del occidental. Algo que, por otra parte, resulta totalmente lógico. La asimilación de unos conceptos y de una doctrina no es tarea para un cursillo de fin de semana, sino que forma parte del día a día, necesitando tiempo suficiente para asimilarse y hacerse parte constitutiva del pueblo.

Cuando a lo largo de mi experiencia de tres años entablé contacto con algún antropólogo siempre tuve la sensación de que les movía únicamente una pretensión totalmente egoísta; interesada únicamente por una cultura o un pueblo de manera teórica, entendido totalmente al margen de las personas que lo componían. Les interesaba conocer, catalogar, estudiar... sin tener en cuenta las necesidades concretas de una persona que, sin lugar a dudas, también tiene derecho a una vivienda digna, a unos estudios, a unos bienes que hagan su vida más fácil y al reconocimiento de la propiedad de la tierra de sus antepasados. Aquí el misionero encuentra siempre una pared difícil de salvar. Éste se descubre a caballo entre la cultura indígena y una comunidad con personas que tienen nombres y apellidos, a los que indudablemente quiere comunicar un mensaje de salvación, pero que además tiene que ir acompañando y conduciendo para que ese mensaje sea plenamente comprensible en su vida. Para ello, serán también importantes una serie de servicios y trabajos que asumiré como parte de su tarea, haciéndolo con gozo y

entrega, sin ningún afán triunfalista. Para lograr ésta, los misioneros asumen y emprenden la tarea del conocimiento profundo de su cultura, de sus mitos, de su lengua, antes de entrar con detenimiento en el tema de la fe y los sacramentos de la vida cristiana.

Esta tarea no es una novedad para los misioneros; ejemplo de ello es la infinidad de catecismos y gramáticas de las lenguas indígenas, tanto de la época hispana como del recién finalizado siglo pasado. El misionero no es simplemente un hombre heroico que ofrece su vida por una causa, sino que es un hombre que conjuga en su vida la reflexión, el estudio, el trabajo manual y el ministerio que la Iglesia le ha encomendado.

No cabe duda que el acercamiento respetuoso al mundo cultural indígena por parte de los misioneros, ha posibilitado espacios de diálogo entre su experiencia religiosa y el cristianismo. Aquí ya no se trata, como muchas veces se ha echado en cara a los misioneros, de la sutil imposición de una religiosidad que implica ineludiblemente la asunción de una cultura diversa, sino que parte del encuentro sereno y cordial, basado en una confianza previa. Es desde y con la comunidad indígena donde el misionero intenta también descubrir la historia del pueblo, ver a éste como lugar teológico que Dios ha ido manifestando y acompañando a lo largo de los siglos, igual que hizo con el pueblo de Israel. Al mismo tiempo, hoy en día, los misioneros igual que ya hicieran en la época de la colonia, no asumen su tarea de manera individual y fuera del marco temporal, sino que para ello cuentan con las posibilidades que las mismas comunidades indígenas ofrecen. En el caso de los barí, está el gran apoyo de los agentes de pastoral en sus mismas comunidades. Son éstos los que están haciendo el trasvase de la fe al lenguaje y simbología barí. Esto, a la vez que ayuda a ahondar en su propia cultura y a reafirmarse como pueblo, posibilita un encuentro sincero donde la religiosidad es un elemento identificativo fundamental. Quizás éste sea el mayor logro de los misioneros, teniendo presente que no ha sido nada fácil y han existido fuertes contradicciones, aunque con el acompañamiento y la confianza mutua se han convertido en verdaderos animadores de la fe.

La religiosidad barí, totalmente desacralizada durante siglos, donde no existían ritos ni manifestaciones culturales, contrasta fuertemente con la mayoría de los pueblos indígenas de Hispanoaméri-

ca. Ésta fue una realidad constatable y que todavía se puede apreciar hoy entre los barí. En razón de lo que acabamos de afirmar, cabría preguntarse seriamente por el significado real que para ellos tienen todos los ritos y símbolos del cristianismo. Posiblemente nunca llegaremos a conocer suficientemente cuál es el contenido real que ellos dan a estos símbolos, algo que no sucede sólo con los pueblos primitivos, sino que lo podemos constatar en cualquier ambiente de religiosidad popular, aun en los países más industrializados.

El mayor problema al que se enfrentan los barí estriba en la supervivencia de su cultura autóctona dentro del contexto de la fe cristiana y del mundo socio-cultural occidental. Es cierto que desde el ámbito misionero, con frecuencia no se ha diferenciado suficientemente lo esencial de la fe y lo accidental, lo meramente histórico de la misma. Esto nos lleva también a preguntarnos desde la teología, sí es posible desligar la fe cristiana de los moldes y formas culturales en que se ha expresado a lo largo de los siglos. A este respecto, todavía está candente la reflexión suscitada por la declaración *Dominus Iesus*, de la Congregación para la Doctrina de la Fe y las conclusiones que de ésta se obtienen también para el mundo indígena. Es el constante debate entre llevar una cultura o llevar una fe. Efectivamente los misioneros deberán elaborar formas creativas y pedagógicas que permitan el proceso de adecuación de los condicionamientos teológicos no esenciales, tanto canónicos como litúrgicos a la realidad concreta, de tal manera que no se paralice la labor evangelizadora. Ésta deberá estar primada por el criterio de caridad. Al mismo tiempo, el misionero es consciente que su reflexión y manera de hacer está siempre en la frontera: frontera de la fe, por encontrarse en un mundo en diálogo y contraste constante; en la frontera de las naciones, puesto que éste es el lugar ocupado por los indígenas en la mayoría de los países; y en la frontera de la incomprensión con las ciencias del hombre que no entienden el papel desempeñado por el misionero, que obstaculiza y reduce las posibilidades para esta serie de especialistas, que llegan a tener la desfachatez de presentarse en una comunidad indígena con toda clase de medios, tan absurdos para el mundo indígena como puede resultar una carpa con aire acondicionado en medio de la selva amazónica.

Los misioneros católicos se muestran en este tema prudentes, sin querer apurar los procesos, intentando que sea algo progresivo

y gradual. Partiendo del kerigma procuran que se vaya dando una interiorización del mismo, de tal manera que concuerde con los mismos valores éticos que la comunidad ofrece a sus miembros. Por eso, el lugar que en otros pueblos ocupa lo ritual y festivo, entre los barí lo llena el comportamiento ético, el sentido eminentemente comunitario y la asunción personal de responsabilidades por los miembros de cada comunidad. Éste fue el legado que Sabaseba había transmitido a los barí. Frente a esto, está también la experiencia de aquellas comunidades que se han visto asediadas insistentemente por los movimientos evangélicos. Las que han vivido esta experiencia han quedado totalmente desligadas del núcleo cultural barí, funcionando de manera paralela, muchas veces bajo la sugestión de un falso profetismo y de supuestos líderes carismáticos. De esta experiencia se ha hecho eco Norman Lewis con la fuerte crítica hacia el comportamiento de diversas sectas evangélicas en el territorio indígena de Venezuela. Esta realidad religiosa diversa, se podría considerar como algo respetable si sólo les hubiera distanciado del mundo cultural católico, pero no cuando les aparta de toda su historia y medios de defensa ante el mundo occidental. Son éstas las comunidades que han sucumbido a los intereses de las transnacionales del petróleo, recibiendo a cambio una negación de sus valores más identificativos.

6. RETOS PARA EL FUTURO

Ante la realidad existente el pueblo barí tiene una serie de necesidades que se deberán ver cubiertas en su futuro próximo.

Hacer valer sus derechos de minoría étnica y cultural frente a un Estado prepotente que los agrede constantemente con propuestas neoliberales en el campo político, económico y social. Por otra parte, la presencia de movimientos políticos de corte radical en las comunidades, ha creado un ambiente malsano aumentando las rencillas y enfrentamientos dentro de las mismas. Es el esquema clásico de divide y vencerás, cuando no consiguen los poderosos hacerse con facilidad con aquello que pretenden, utilizan diversos medios de sugestión sobre un sector de la comunidad hasta que consiguen que ésta quede totalmente dividida e indefensa ante sus intereses.

La guerrilla colombiana crea problemas internacionales. El Estado lo enfrenta con políticas ambiguas que no tienen en cuenta la presencia de las comunidades indígenas de la zona. Éstos tienen que sufrir constantemente inspecciones, restricción en el uso del combustible, así como todo tipo de controles especiales que dificultan la vida de los individuos. Es el caso sufrido por aquellos que se ven obligados a acceder a las exigencias de la guerrilla por ver amenazadas de muerte a sus familias, cuando se ven descubiertos, sufren también la agresión de los cuerpos de seguridad del Estado. Son también constantes los abusos contra los derechos humanos, tal y como han publicado organizaciones internacionales de la seriedad de *Survival*. En el fondo, el conflicto parte de un ejército casi analfabeto, que se siente crecer con un arma en la mano, manifestándolo ante aquellos que no podrán reclamar por ser considerados socialmente inferiores. Estos hechos provocan en los indígenas una desconfianza todavía mayor hacia el Estado y los organismos que lo representan.

Es urgente potenciar una educación intercultural bilingüe que fortalezca el uso de su lengua ancestral en igualdad de posibilidades con el idioma nacional.

Los macroproyectos del Estado sólo miran al lucro que se puede obtener, sin detenerse en pensar en la trascendencia que el hábitat alterado tiene para las comunidades indígenas. A consecuencia de ello se explota sin escrúpulos el carbón, la madera, los recursos hídricos y el petróleo, como el más beneficioso de todos; quedando los intereses propios de los barí reducidos a un mero hecho anecdótico.

Es necesario encontrar una fórmula de entendimiento con la población circundante no barí que garantice el disfrute de sus derechos y la convivencia armónica, sin ningún tipo de intromisión en sus intereses como pueblo, para lo que sería conveniente regular una fórmula jurídica que los amparase ante el resto del pueblo venezolano. La apertura hace año y medio de una carretera por el valle ocupado por los barí, parecía el medio más oportuno para facilitar su economía agropecuaria, además de facilitar la introducción de la luz eléctrica en las comunidades, lo que ingenuamente no se tuvo en cuenta es que, al mismo tiempo, se vieron totalmente desprotegidos del mundo exterior. El aislamiento les permitía vivir indemnes

de una serie de problemas que ahora están devastando su cultura, por desgracia esto tampoco ha preocupado a los antropólogos que han visto cómo se facilitaba también su trabajo de campo.

Una de las fuentes de conflictos más violentos ha sido la disputa por la tierra. Sólo la precisión en los límites de la tierra y su posesión jurídica garantizará una convivencia pacífica. Por otra parte, la cultura barí, como cualquier cultura indígena, está totalmente vinculada a su tierra, a su medio ambiente natural que de ningún modo puede ser negociable o intercambiable.

La intromisión de los no indígenas en las comunidades barí ha generado situaciones, que si bien se pueden ajustar al ordenamiento jurídico vigente, perjudican gravemente a las comunidades indígenas. Es la realidad de aquellas personas que se instalan en las comunidades indígenas e introducen costumbres extrañas al grupo como relaciones sexuales con mujeres indígenas, comercio de baratijas, introducción descontrolada de alcohol, etc. Estas intromisiones llevan en el interior de la comunidad a que se pierdan las referencias éticas fundamentales: la figura del jefe pasa a un segundo lugar, los trabajos comunitarios que sostienen toda su estructura social se debilitan y empobrecen, creándose serias diferencias en la comunidad entre aquellos que tienen un sueldo o responsabilidad oficial por la que cobran todos los meses y la de aquellos que no tienen más que lo que reciben de su comunidad. Si este tipo de conflictos llegara de manera progresiva a las comunidades, permitiría ir afrontándolos y buscar el medio más oportuno para cada uno de ellos. Por desgracia, el aluvión con que llegan impide a éstas defenderse adecuadamente, y en algunas ocasiones hasta ser conscientes de las irremediables consecuencias que se derivan de las mismas.

En las poblaciones circundantes existen recursos humanos y tecnológicos que son necesarios para los indígenas barí, por eso es tan importante que haya contacto y comunicación fluida y normal.

Por otra parte, es preciso que los barí puedan asumir novedades tecnológicas sin que se destruya el equilibrio psicológico o imposibilite la vigencia de los valores tradicionales de la etnia barí. En este tipo de cosas se encuentran: vías de penetración, vehículos, medios de comunicación y bienes de consumo.

Toda esta realidad, amén del anuncio del mensaje salvador de Jesucristo, sigue justificando la presencia de los misioneros capuchinos entre los barí, como garantes de las necesidades de un pueblo que tiene mucho que aportar a la conciencia nacional de Venezuela. De manera más concreta, facilitando la creación de servicios básicos, ayudando a introducir nuevas tecnologías que posibiliten un aprovechamiento mayor de sus bienes, defendiendo su tierra ante los estamentos nacionales e internacionales competentes, promoviendo los mismos derechos del indígena y su educación escolarizada, completando los planes de sanidad e higiene preventiva y curativa, denunciando activamente los abusos y atropellos cometidos por los occidentales contra los indígenas y sus bienes, buscando la promoción de la cultura barí entre la cultura criolla circundante.

7. BIBLIOGRAFÍA

- ALCÁ CER, A. de, *El indio motilón y su historia*, Bogotá 1962.
- ÁLVAREZ, G., *Grupo étnico barí-motilón* (ciclostilado), Bogotá 1978.
- , «Bogsí: Una comunidad indígena hoy», en *Nuevo Mundo* 68 (1976) 109-111.
- , «Una comunidad indígena hoy (Análisis de un modelo comunitario)», en *Nuevo Mundo* 85 (1979) 66-70.
- , «Nueva Iglesia para los barí», en *Venezuela Misionera* 42 (1980) 127-128.
- ARMELLADA, C. de, *Por la Venezuela indigenista de ayer y de hoy*, Caracas 1960.
- BECKERMAN, St., *The Motilones Barí: Reactions to Land Pressure. Paper presented at the annual meeting of American Anthropological Association*, México City 1974.
- BOLINDER, G., «Einiges über die Motilon Indianer der Sierra der Perijá. Kolumbien Südamerika», en *Zeitschrift für Ethnologie* 49 (1917) 21-51.
- CARROCERA, B. de, «Los indios motilones. En el segundo centenario de su primer contacto pacífico (1772-1972)», en *Missionalia Hispánica* 30 (1973) 191-224.

- , *Los primeros historiadores de las misiones capuchinas de Venezuela*, Caracas 1964.
- CASTILLO, D., *Mito y sociedad en los barí*, Salamanca ³1989.
- HOLDER, P., «The Motilones: Some Untouched Tropical Peoples in North-Western South America», en *Journal of the Washington Academy of Sciences* 37 (1947) 417-427.
- LEWIS, N., *Misioneros. Dios contra los indios*, Barcelona 1998.
- LIZARRALDE, R., *Notas etnográficas sobre los indios motilones barí*, Maracaibo 1961.
- SETIÉN, A., «Los barí», en AA.VV., *Etnias indígenas de Venezuela. Semilla primigenia de nuestra raza*, Caracas 1996, 21-44.
- , *Realidad indígena venezolana*, Caracas 1999.
- VILLAMAÑÁN, A. de, «Cosmovisión y religiosidad de los barí», en *Antropológica* 42 (1975) 3-27.
- , «Misión y antropología. Origen de los hombres y cosas del otro mundo según la tradición de los motilones barí», en *Venezuela Misionera* 31 (1969) 269-271.
- , *Vocabulario barí comparado. Comparación de los vocabularios de Fr. Francisco de Catarroja (1730) y Fr. Francisco Javier Alfaro (1788) con el barí actual*, Caracas 1978.

Miguel Anxo Pena González
Salamanca